

XVII

LO QUE CUESTA UNA CONCIENCIA
DE PORTERO

ROCHEBONNE siguió la calle de Solferino, pasó el puente, atravesó las Tullerías y llegó por la calle de Castiglione á la calle de la Paz.

Entró en casa de Rassot, y escogió, por la módica suma de tres mil francos, un ópalo rodeado de brillantes, que componían una sortija preciosa.

Luego bajó la calle des Petits-Champs; en el rincón de la calle de la Sourdière buscó el número 37, y entró en el cuarto del portero.

Era éste un sastre que costá ropa nueva y repasaba las de su clientela.

La mujer del portero, la señora Pellerin, estaba sola.

Su esposo había salido á entregar.

Al duque le encantó esta noticia; era más fácil tratar del asunto que allí le llevaba con una mujer, aunque fuera devota, que con un hombre, aunque fuera librepensador.

La mujer del sastre estaba haciendo la limpieza. Los antiguos arquitectos instalaban muy bien á los inquilinos, pero trataban muy mal á los porteros.

El cuarto de la señora Pellerin era, sencillamente, un nicho.

La portera, antigua cocinera de una buena casa, era una viejecita de sesenta años, despierta, jovial y fina.

Se apoyó en la escoba y miró al visitante, que por su aspecto no podía ser un cliente de su marido.

La fisonomía distinguida del personaje le gustó.

—¿Es usted la portera de esta casa?—preguntó Rochebonne.

—Sí, señor.

—¿Señora de...?

—Pellerin. Mi marido ha ido á entregar un gabán; vuelve en seguida.

—Es con usted con quien deseo hablar. Quizá sea un poco largo; pero nada perderá.

—Hágame el favor de sentarse. ¿Con quién tengo el honor de hablar?

—Con el duque de Rochebonne.

La señora de Pellerin estuvo á punto de desfallecer cuando oyó este nombre.

No se puede creer hasta qué extremo halaga hablar á una portera con un título, aun en este tiempo de democracia.

La portería la pareció más pequeña, más miserable.

—¿En qué puedo servirle?

—Este es el caso. Hay entre sus inquilinos una muchacha por quien me intereso mucho.

—¿La señorita Germana?—dijo la portera.

—Justamente.

—La señorita Germana, una muchacha encantadora, y que paga con regularidad. Es joven, fresca, ordenada, formal. ¡Es la única que hay así en la casa!

Al oír esta confesión exenta de artificios, Rochebonne acercó su silla á la de la vieja.

—Parece usted ser muy amable, señora...

—Pellerin.

—Perdón. Oiga lo que deseo obtener. ¿Está usted en buena armonía con la señorita Germana?

—Tengo toda su confianza, puedo decirlo. Yo le arreglo su casa.

—Entonces, además de su confianza, tiene usted su llave.

—Sin duda.

La portera tuvo un movimiento de desconfianza que hizo sonreír á Rochebonne.

—¿Su llave? ¿Para qué? ¡Si fuera un falso duque! ¡un ladrón! ¡Se han visto cosas tan raras!

Pero Fernando tenía argumentos muy persuasivos.

Sacó del bolsillo un puñado de luises.

—Para que no se engañe respecto de mis intenciones, señora Pellerin — le dijo, — la ofrezco este adelanto sobre lo que me propongo darle á cambio de sus servicios.

Dejó unos quince luises sobre la mesa.

La portera, deslumbrada, retrocedió primero ante la lluvia de oro con la cual aquel Júpiter de americana azul empezaba la eterna historia de la corrupción de las mujeres.

Protestó de su desinterés, pero se guardó en el bolsillo de su delantal las monedas de veinte francos, que hicieron un ruido muy agradable.

El conocimiento se había hecho, el hielo estaba roto. El duque explicó á la señora Pellerin, con mucha claridad, que había decidido que Germana fuese su amada; que la muchacha parecía muy dispuesta á serlo; para llegar á sus fines, hubiera comprado la casa y colocado en ella gentes suyas, pero que en el aire inteligente de la portera había comprendido que se entenderían á

las mil maravillas; que no retrocedía ante ningún sacrificio, y que no valía para nada haber nacido duque y ser muy rico si no se conseguían los caprichos; que deseaba mucha discreción y que recompensaría los más pequeños favores de la señora Pellerin y de su marido de modo que no les disgustaría, habiendo de pedirles sólo cosas muy sencillas y sin importancia, y que la mujer más honrada del mundo podía hacer.

Después de este preámbulo, lleno de promesas, mezcladas con algunas amenazas, fáciles de realizar, y sobre las cuales la pobre mujer no dudó un momento, pues el nombre de Rochebonne era muy conocido en París, el duque se puso á hablar de la muchacha.

Contó á la portera, á quien esta historia divertía, cómo había conocido á Germana; que le llamó la atención su elegancia; que quería su felicidad; que, ayudándole, no haría más que ser útil á esa persona por quien tenía tanto interés.

No era difícil prever que, con su edad y sus condiciones, un día ú otro Germana tendría un novio. Estaba escrito. Casarse, á no ser con una proporción muy buena é inesperada, en su esfera, era echarse á rodar. Y no tenía interés en casarse, puesto que estaba todavía soltera.

Tuvo frases que enloquecieron á la antigua cocinera...

Aduló su amor propio de mujer...

Había sido guapa ella también, saltaba á la vista.

Suponiendo que hubiera tenido un partido semejante, ¿no le hubiera aceptado? Estaría más desahogada ahora. El amante puede que hubiera desaparecido, pero los beneficios hubieran per-

manecido, y la señora Pellerin disfrutaría su renta con su marido en vez de vegetar en la portería, cuidando de los cuartos por casi nada, y privándose de muchas dulzuras.

La vieja movía la cabeza, como convencida, y miraba al duque.

Rochebonne era joven; además vestía con una corrección irreprochable; el nudo de la corbata estaba hecho de mano maestra, un poco al descuido. Su tipo aristocrático fino maravillaba á la vieja.

¡Era un encanto de hombre!

¡Qué suerte tenía Germana!

Pero la portera, en el fondo, era buena mujer que ya no tenía envidia.

Después de todo, ella no perdía nada con esta aventura galante. Además, aquello le tenía cuenta.

El duque la interrogó.

¿Cómo vivía Germana?

Si recibía visitas; si había tenido algún amador.

La señora Pellerin rechazó esta terrible suposición indignada.

Nunca, jamás había entrado un hombre en su casa, exceptuando el tapicero del Bazar de San Germán. Después, nadie.

Ofració á Rochebonne enseñarle el piso de su inquilina. Así se daría cuenta de sus costumbres. Vería qué distinguida era en todo.

Al oírla hablar así se hubiera podido creer que la señora Pellerin alababa á Germana como á una mercancia y temía que el comprador se alejara desencantado de lo que había visto.

La portera descolgó la llave de una tablita, dividida en pequeños estantes, donde ponía las cartas de sus inquilinos.

—Si el señor duque quiere tomarse la molestia de seguirme...

La escalera de aquel antiguo hotel señorial convertido ahora en casa de vecindad, conservaba buen aspecto todavía; era de piedra, con los escalones un poco gastados en el centro por el uso de varias generaciones; y la barandilla de hierro forjado tenía bonitos dibujos, de un trabajo desconocido en nuestros tiempos.

En el piso cuarto, la portera se paró rendida.

—Aquí es—dijo.

Rochebonne sintió un ligero estremecimiento al entrar por primera vez en este santuario que él profanaba.

Hubiera querido cantar el aire de *Fausto* en el jardín, tan conocido por los concurrentes á la ópera. Un escalofrío corrió por sus venas. ¿Qué traía él en lugar de la calma que reinaba en aquel modesto cuarto?

Es verdad que podía reparar el mal con dinero, ese dios malhechor; pero eso no es el todo en la vida. También hay el respeto de sí misma, la serenidad del alma, la limpieza de esa fuente tan fácil de enturbiar, la conciencia.

Estas ideas le absorbieron unos momentos, pero fué una impresión fugitiva.

—¿Me ha dicho usted que no recibe á nadie?

—A nadie.

—De aquí á esta noche vigilará usted, ¿verdad?

—Puede estar tranquilo el señor duque.

Rochebonne cogió una tarjeta, sacó el estuche que había comprado en la calle de la Paz y lo puso sobre un mueble al lado de la cama.

Dirigió la última mirada á este refugio de la pobreza honrada, y dijo á la señora Pellerin:



Rochebonne sacó el estuche que había comprado
y lo puso sobre un mueble...

—¿Vámonos?

Bajó la escalera sin que un remordimiento de conciencia le rozara con sus alas de pájaro nocturno.

Al separarse de la portera, en la puerta, le hizo con la cabeza una seña amistosa.

—Hasta pronto; y gracias.

La majestad del nombre de Rochebonne clavó á la portera en el suelo, hasta que éste hubo desaparecido.

Luego pudo más la curiosidad que la discreción y subió con presteza al cuarto de Germana y abrió el estuche.

Cuando vió los brillantes y el ópalo, dió un grito de admiración.

En la tarjeta se leían estas palabras:

«¡Amo á usted!»

—¡Qué suerte tiene esta muchacha!

Toda la moral de la señora Pellerin y de muchas otras se encierra en esa exclamación.

XVIII

EL DUQUE SE DIVIERTE

El duque se fué á pasear El tiempo estaba ligeramente nublado. Había llovido por la mañana. No había polvo y el calor era muy soportable. La arena crujía blandamente bajo los pies, y las aceras, casi no del todo secas, aparecían muy limpias.

En los dos lados de la calle de Bac, los bebe-